

## SOBRE ARKHANA

Alguien me preguntó una vez si estaba loco. La respuesta, que tardé un tiempo en pensarla, vino a mi mente aquella noche. Sí. Sin duda alguna.

El hecho de que Arkhana y las aventuras en el mundo de Kizo asolen mi cerebro continuamente, con sus personajes hablándome, contándome lo que hicieron, con sus deseos y pensamientos más secretos vivos para mí..., eso vuelve loco a cualquiera.

Así que me dedico a escribirlos, a narrar esta historia que a cada página me acerca a su final, tan fácil de predecir que da miedo. Pero que la gente no ve. Y eso, que ya lo he contado.

Cuando comencé esta aventura era unos años más joven e inexperto. Estaba sumido en tribulaciones y problemas que ahora me parecen merecedores de la mayor de mis carcajadas. Entonces tenía claro lo que tenía que hacer, cómo debía apostar por este libro, y con la ayuda de incontables amigos y la inesperada aparición de la Editorial Milenio todo se hizo realidad. Desde la oscuridad de mi despacho, ¡muchas gracias!

Si eres un lector nuevo te agradezco que hayas confiado en esta historia y te remito a los libros *Helena* y *Aldaleon*, ya publicados, donde podrás leer el comienzo de la saga. De todas maneras *Hire* puede ser leído en solitario, con la salvedad de que ciertas partes serán poco reconocibles excepto para el seguidor de la narración.

No quedaría este libro completo sin un agradecimiento a mis queridos compañeros de Universidad que me apoyaron en tantos momentos.

En especial a los buenos compañeros de piso que he tenido: Nacho, Javi, Cristián, Olga, Bu2, Orix y Anna. Sin ellos todo hubiera sido más difícil.

Orix, muchas gracias por Ormhe. Prometo llevarlo a cotas muy altas.

Por todos aquellos que confiaron y que siguen haciéndolo,  
Que están o que se han ido,

SILVANO GIL

Lo último que esperabas era encontrarte con un loki alado en el ático de aquel viejo edificio.

El ser, con ansias de sangre, te va cercando como en los antiguos documentales que veías cuando eras niño con aquellas leonas de la sabana y sus presas, las gacelas.

Haces el amago de correr hacia la derecha y el loki cae en la trampa. Saltas a la izquierda y esquivas la boca del monstruo que, aun así, rompe parte de tu gabardina.

Pasas al interior del piso y cierras la puerta acristalada de la terraza detrás de ti.

El loki choca contra ella pero el cristal no cede. Intentas, en la oscuridad de la noche, acceder al interruptor que encienda las luces y rezas para que la electricidad aún llegue a esa casa.

Con un sonoro clic la luz del piso y de la terraza se encienden.

Y el loki huye, volando.

“Otro día vivo”, piensas, mientras te sientas en el suelo con el corazón aún galopando en tu pecho.

## Anteriormente



# Aldaleon

—¿Y mi hija? —preguntó Sandras.

Una de las puertas de la Torre Helada se abrió y una niña muy pequeña de hermoso largo pelo azul acudió con una bandeja de hielo donde calientes té s reposaban.

Ofreció un té a cada uno de ellos. Mientras Sandras lo rechazaba rudamente, Amon lo agradeció con un cómodo gesto.

—Tu hija —respiró el líder su té de hierbas— se encuentra sin duda en la Academia.

—¿¡Qué?! —bramó el Portos enojado—. ¿Por qué?

—Decidimos que no volverías a despertar así que la encerramos en un bloque de hielo mientras estabas fuera. Este mismo año tuvimos la idea de ingresarla en la Academia por medio de nuestro contacto —explicó Amon.

—Pero... ¿contacto?

—Sí. El mismo director. Varialt.

—¿Varialt? ¿Cómo lo habéis conseguido?

Amon no habló y Sandras dedujo que ese secreto no lo desentrañaría en ese momento.

—De todas maneras estate tranquilo, Sandras. Tu chica tendrá una vida corta pero una vida útil al fin y al cabo —los ojos del Hire rebosaban

malicia—. De alguna manera tenías que pagar tu error. Ahora estamos en paz.

—¿Qué le habéis hecho? —exclamó Sandras.

—No me gusta tu tono.

—¡Púdrete! —exclamó Sandras.

Amon no cambió ni tan siquiera la cara cuando de su cuerpo emergió un poderoso rayo eléctrico que perforó al Portos (justo en la herida que le había producido Nör) y lo lanzó por el abismo de la Torre Helada.

—Ahora te he vuelto a perdonar. Pero no lo haré una tercera vez —dijo Amon hablando con el vacío mientras el cuerpo de Sandras chocaba contra el suelo.

## Anteriormente



# Helena

Giran abrió los ojos presa del miedo. En la lejanía se divisaba la horrenda mancha que era el Muro de Oscuridad, fuente inagotable de terror para todo Kizo. Su corazón comenzó a palpar con fuerza mientras sus ojos veían formas horribles y monstruosas surgir para después desvanecerse en el mismo Muro.

Intentó girar la cabeza pero no podía moverla. Estaba engullido por el hielo en medio de un paisaje de desolación. Aprisionado dentro de una pared de agua helada primigenia y antigua.

—Así que ya has despertado. —La voz sonaba joven y adolescente pero cargaba una profunda maldad en su interior—. Ya era hora.

Giran Aldaleon, el padre de Danvor, vio a su captor aparecer enfrente de él con sus ojos enrojecidos en dos llamas ígneas. Vestía una túnica rojiza y unas sandalias doradas. Su pelo era largo y alborotado, completamente salvaje. Su tez olivácea lo presentaba como alguien de su clan, Aldaleon. Sonreía con su dentadura blanquecina iluminando su cara.

Giran intentó hablar pero se detuvo. Aquel hombre parecía haber perdido completamente la cordura. Recordaba como había usado un impresionante poder en el pueblo Aldaleon para secuestrarlo. No podía arriesgarse a enfadarlo.

—Estamos silenciosos, ¿eh? —Sonrió Tormen mientras una aguja de fuego era convocada en su dedo índice— Veamos cuanto te dura.

Tormen deslizó la aguja sobre la superficie del tímpano justo por encima de la mano derecha de Giran. La aguja, que tan solo medía unos milímetros de ancho, era muy alargada y atravesó el tímpano acercándose lentamente a la extremidad del prisionero.

—Vaya si hablarás... —Sonrió el captor mientras la aguja atravesaba la carne del prisionero.

Y entonces los gritos comenzaron.

## HISTORIA DE DOS PUEBLOS



La mañana era fría, como todas, y oscura, teñida por densos nubarrones que presagiaban tormenta en la distancia.

Cuando Escal Aldaleon abrió los ojos, nada le rescató de la rutina de las cuatro paredes de helada piedra ni de sus argollas en manos y pies, que habían abierto heridas sangrantes en su carne.

Habían pasado algunas estaciones desde que el hombre de fuego llegado del cielo arrasara el poblado Aldaleon y lo llevara consigo a aquella prisión en aquel extraño paraje helado.

Desde que había sido encerrado allí Escal no había visto a nadie más, no lo habían alimentado ni dado de beber por lo que supuso que sus captores habían realizado algún hechizo Arkhano que lo mantenía vivo.

La soledad había sido su compañera junto al silencio. Bueno, y *ellos*.

Golí Aldaleon se encontraba en la pared opuesta a la de Escal, con su cuerpo deforme y gordo quemado y a medio consumir por un fuego verdoso. A su lado, Ulissos Aldaleon lo miraba con ojos vacíos y una raja sangrante que le cruzaba la base del cuello, justo donde Escal había hendido su cuchillo tiempo atrás. Parecía una segunda sonrisa en el cuerpo del chico.

La primera vez que Escal los vio no debía llevar más de tres días en aquella prisión. Cuando aparecieron el chico comenzó a gritar ante aquellas imágenes aterradoras, desprovistas de toda vida. Eran fantasmas. Fantasmas que acompañaban al chico en su cautiverio. Le recordaban su pasado y todo lo que había hecho.



Pasaron los días y Escal Aldaleon se fue poco a poco acostumbrando a la presencia de sus antiguos compañeros de clan. Había intentado hablar con ellos, claro, pero los espectros solo lo miraban sin decir nada, vigilantes. Nada parecía hacerlos reaccionar.

Escal giró su vista hacia la pequeña apertura con barrotes donde un cielo ennegrecido comenzaba a tronar con fuerza. Numerosos destellos de relámpagos se presagiaron detrás de las densas nubes, iluminando aquella mañana triste y gris.

La puerta del presidio crujió ante la circunstancia de abrirse, ya que no estaba acostumbrada a tal cosa. Una chica de tez morena y pelo de ébano recogido en coleta emergió tras la puerta. Debía ser de la edad de Escal, de unos diez u once años, con un vestido azul de fina seda y unos ojos que irradiaban con el color del mar.

El chico Aldaleon se sorprendió de que la chica no tuviera frío con las pocas prendas que llevaba encima.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la chica, con voz dulce.

Escal asintió pero en sus ojos se leía el miedo. ¿Quién era esa chica y qué quería de él?

La chica se acercó y sacó de los pliegues de su vestido un colgante con un diamante azul. Se lo tendió.

Escal no lo cogió con temor de que fuera algún truco o trampa.

—Es por tu bien. Con él no sentirás frío.— Informó la joven.

—No tengo frío.— Rechazó Escal.

—Aquí no, te protege el conjuro de preservación que también te impide sentir hambre o sed, pero fuera de la prisión no durarás mucho. —Sus ojos eran hermosos, del color del más bello de los mares.

Escal acercó cuidadosamente su mano al colgante, lo cogió y, no sin problemas debido a las argollas, se lo dispuso alrededor del cuello.

—Mi nombre es Yuuta Dominari —se presentó la chica mientras sacaba un manojo de llaves y retiraba las argollas de la pared—. ¿Cuál es el tuyo?

—Yo soy Escal Aldaleon —dijo Escal tendiendo las muñecas a la chica.

—No nos conocemos lo suficiente para saber que no intentarás escapar sin las argollas —informó la chica mientras tiraba del otro extremo—. Sígueme.

La chica salió de la prisión, tirando de las cadenas que atrapaban muñecas y tobillos del chico Aldaleon.

Escal comprobó que tanto Goli como Ulissos lo siguieron.

—¿No te extrañan los espectros? —preguntó Escal mientras la escasa luz del exterior le nublaba la vista.

—¿Espectros? —la chica se giró, con mirada sorprendida.

Escal Aldaleon se dio cuenta de que Yuuta no podía verlos. Goli y Ulissos solo estaban allí por él. Su asesino.

—Vamos. El maestro Tormen nos está esperando —ordenó Yuuta mientras retomaba el camino, aún con el gesto extrañado, y tiraba de las cadenas—. Y no es una persona muy paciente.

Kiva Vessa despertó entre sábanas blancas, desperezándose sonoramente.

Cuando se dio cuenta de que no estaba en su habitación se extrañó. Y cuando vio que no estaba solo aún se extrañó más. Un chico de pelo castaño y ojos verdes, con bufanda blanca al cuello y un colorido jersey verde lo observaba, sentado, al otro lado de la sala.

Era la segunda mañana que estaba en la Academia y ya ocurrían cosas raras. ¿Acaso se había dormido y no había llegado a las primeras horas de clase? ¡Menuda carta de presentación!

Poco a poco los sucesos de la noche anterior fueron acudiendo a su mente como si fuera una pesadilla. Un loki lo había sorprendido y atacado, provocándole una grave herida en la cabeza. Kiva se tocó la cabeza pero parecía intacta, pese al prominente vendaje que la asía.

—Han pasado ocho estaciones desde tu ataque, Vessa —informó el chico de la bufanda que se encontraba en la misma habitación que él—. Y sobreviviste de puro milagro. Deberías ir al templo a dar gracias a Madre Tierra.

—¿Ocho estaciones? —preguntó Kiva sorprendido—. ¿Tanto he dormido?

—Bueno. Te has perdido varias clases así que tendremos que hacerte un repaso general para que te pongas al día. —El chico de la bufanda sonrió.— Será costoso pero bueno, ¿tienes algo mejor que hacer?

—Se me ocurren infinidad de cosas —repuso, asqueado, Kiva.

El chico del jersey sonrió y tendió ropas limpias al Vessa. Ropas negras. El color que solían vestir los Vessa.



—¿Quién eres? —preguntó Kiva.

—Mi nombre es Län Vendhimia, miembro de inteligencia de la Academia y alumno —se presentó el Natura—. Vístete rápido. Dominari quiere vernos.

Escal Aldaleon admiró el paisaje helado, cubierto de hielo y nieve.

Caminaba con dificultad, debido a las cadenas que tenía en sus extremidades y, aparte, Yuuta tampoco parecía querer ponérselo muy fácil. Cada vez que se rezagaba la Dominari pegaba un pequeño estirón, suficiente para que el Aldaleon decidiera que era mejor seguir el paso de la chica. Una vez, de uno de estos estirones, Escal estuvo a punto de caer al suelo.

En la distancia se divisaba una torre blanca, helada y de arquitectura completamente extraña. Para Escal era el edificio más alto que había visto en su vida. Sus ojos brillaron al verlo, y en su interior tuvo la sensación de que aquella torre algún día sería su casa. Sonrió para sí y se percató de que Goli y Ulissos parecían tener acceso a sus pensamientos pues lo miraron con perplejidad. Con ojos vacíos y vacuos.

—¿Quién es ese tío raro? —preguntó una voz juvenil en las cercanías.

Un chico calvo de ropajes amarillentos y capa rasgada los miraba sentado desde una sima de nieve, con una vara de madera moviéndose velozmente entre sus manos.

Yuuta siguió andando sin molestarse en saludar a aquel joven. Escal lo miró con la esperanza de que le ayudara y quitara las cadenas, pero el chico lo saludó con sonrisa burlona.

—Yuuta —dijo de nuevo el chico de ropa amarillenta con sus ojos fijos en la Dominari—. ¿Aún estás enfadada conmigo?

—Deberías estar frente a Tormen. Ha reclamado la presencia de todo el grupo —dijo la chica sin cejar en su paso—. Agradecería que te adelantaras y le dijeras al maestro que estamos de camino.

El chico calvo le sonrió, juntó sus manos y apareció una burbuja tan grande como él.

Con un grácil salto se puso encima de ella y voló a gran velocidad hacia la torre ante un sorprendido Escal que se quedó observando como la esfera se iba empequeñeciendo en la distancia.

Kiva siguió a Län después de haberse puesto los ropajes negros de su clan.

Era una mañana soleada en la Academia y, al cruzar el enorme patio, los pájaros piaron saludando a los Arkhanos.

La pareja se internó por una puerta lateral y comenzó a bajar por unas escaleras de caracol hasta llegar a una puerta enrejada. Cuando Län abrió la puerta emitió un leve quejido reclamando un poco de aceite para sus bisagras.

—¿Quién es Dominari? —preguntó Kiva mientras sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra.

—La Gran Arkhana Elemental del Agua —respondió Län—. Y la jefa de inteligencia de la Academia.

—¿Jefa de inteligencia? —Kiva parecía confundido—. ¿Ese no era Gary Orfeo?

—Gary es el jefe de seguridad.

—¿En qué se diferencian? —volvió a preguntar Kiva.

—En el nombre, en el rango, en el tipo de Arkhano que son. Creo que la mejor pregunta es ¿en qué se parecen?

Län se paró. Habían comenzado a caminar por un prado de corta hierba verde, humedecido como pocos. En el cielo se divisaba el sol pese a que Kiva hubiera jurado que habían bajado a un subterráneo de la Academia.

—Aunque nosotros somos mejores —respondió Län mirando al Vessa con una ancha sonrisa—. Recuerda siempre eso por si te encuentras a algún Orfeo demasiado creído.

—¿Quién era ese? —preguntó Escal mientras sus pies entumecidos se quejaban de la caminata que la Dominari le estaba obligando a realizar.

—¿Quién? —dijo Yuuta sumida todavía en sus pensamientos.

—El chico calvo de la burbuja.

—Su nombre es Inroel Brisea, un Elemental del Aire. —Yuuta contestaba sin mirar a su cautivo.— Pertenece a mi grupo.

—¿Grupo?

—Tormen Aldaleon, nuestro mentor, nos ha entrenado para ser un grupo de élite preparado para sobrellevar las misiones que requiera el señor Amon.

—Entonces, servís al señor del Fuego. —Escal recordaba a aquel hombre que había llegado a su poblado tras la invocación, destruyendo a todos



los que se encontraban en él salvo al propio Escal que había sido arrastrado a la prisión de hielo.

—Servir es una palabra muy fea —dijo la chica de ojos marinos—. Yo solo sirvo a mis creencias.

Escal le iba a preguntar cuales eran pero se encontró de repente con la base de la torre blanca. Sin darse cuenta habían llegado a destino.

Un chico de pelo corto y moreno, vestido con pantalones de pana verdes y chaquetita de piel de vaquioveja cayó del cielo con una media acrobacia. Sus ojos eran negros y su piel del color de la arena del desierto.

—Yuuta —saludó el chico con su vista fija en Escal—. ¿Él es el Aldaleon del poblado?

La Dominari le sonrió. A Escal no le cabía duda que aquel chico era muy buen amigo de su captora.

—Sí. Tormen ha reclamado su presencia.

—Seguramente será para enrolarlo en la misión con nuestro grupo.

—¿Tú crees? —se preguntó Yuuta casi para sí—. Si casi no domina la Arkhana.

Inroel, el chico calvo que se habían encontrado antes, llegó subido todavía en su burbuja. Yuuta y el chico moreno lo miraron con ojos de desprecio.

—¿A qué vienen esas caras? —preguntó Inroel Brisea con sorna—. ¿Acaso no esperabais que vuestro querido compañero de grupo llegara?

—Esperaba que te hubieras perdido en la última misión —dijo el chico moreno—. Tenía entendido que los maestros que fueron contigo a las Tierras Orcas todavía no han vuelto.

El Brisea hizo desaparecer su burbuja con un sonoro “*PLOP*”.

—Siento no haber cumplido tus expectativas, Katan —repuso Inroel—. Te contaría lo que sucedió pero es confidencial —guiñó un ojo a Escal.

El Aldaleon meditó sobre sus captores. Parecía haber dos grupos, el formado por Yuuta Dominari y el chico moreno, Katan, y, por otro lado, Inroel Brisea. Quizás pudiera aprovechar sus discrepancias para escaparse de la cautividad.

Goli y Ulissos lo miraron y Escal creyó ver en ellos un atisbo de sonrisa. Aunque quizás era solo su imaginación. Quizás.

Todos miraron de repente al cielo al notar una ola de calor venir hacia ellos. Desde lo alto de la torre blanca caía una bola de fuego de aspecto

humanoide. Escal supo que aquella cosa era Él. El hombre que lo había secuestrado del pueblo. El que decía llamarse Tormen Aldaleon. Y el asesino de los habitantes del poblado Aldaleon.

Kiva Vessa caminó junto a Län Vendhimia hasta llegar a una pequeña sima en la que se internaba una gruta. Justo delante de la entrada se encontraba un sencillo estanque con seis nenúfares en línea.

Län se paró y cogió el brazo del Vessa para que hiciera lo propio. Ambos esperaron durante unos instantes y cuando Kiva iba a preguntar, seis ranas salieron del interior del estanque para depositarse encima de los nenúfares.

La primera era roja, la segunda azul oscura, amarilla era la tercera, morada la cuarta, verde la quinta y, la última, gris plata.

—¡Qué raro! —se asombró Kiva—. ¿Vienen a vernos?

—Son las vigilantes —respondió el Vendhimia.

Las ranas comenzaron a saltar y croar en un orden extraño. Kiva iba a hablar pero Län levantó la mano para interrumpirlo. Los ojos del Vendhimia siguieron los saltos de los batracios con inmensa atención, sin perderlos de vista.

Al cabo de unos instantes las ranas volvieron a meterse en el interior del estanque.

El chico Vendhimia se situó en la entrada de la caverna y comenzó a hacer signos en el suelo. Las paredes de la cueva se iluminaron durante unos segundos.

—¿Es una contraseña? —preguntó Kiva maravillado—. ¿Con ranas?

Län asintió y le hizo una seña para que entraran en la gruta.

—¿Por qué con ranas? —siguió preguntando Kiva.

—No creas que lo sé todo —respondió el Vendhimia—. Dominari las utiliza desde que la conocí, hace ya unas siete estaciones.

—Pero, ¿ranas?

—¿Qué tienen de malo las ranas?

—Son asquerosas —respondió Kiva, asqueado.

—Son criaturas de Kizo, provienen de Madre Tierra, como tú y como yo. Recuérdalo siempre.

Kiva comprendió que era inútil hablar con un miembro del clan Natura sobre ello. Los miembros Natura, tanto Vendhimia como Firan, tenían un gran cariño por animales y plantas. En ellos se basaba su poder.

